

Putas asesinas

ROBERTO BOLAÑO

Anagrama, Barcelona, 232 págs.

---

## Extrañamientos

Juan Carlos Peinado

1 marzo, 2002

Los cuentos de Bolaño constituyen un espléndido punto de partida para los lectores que aún no conozcan la obra del autor chileno ya que, de hecho, su narrativa extensa (varias novelas cortas, pero también la monumental *Los detectives salvajes*) suele construirse como un cañamazo de historias entrecruzadas por el azar, el exilio y el horror. El relato breve, pues, parece tener un lugar privilegiado, tal vez seminal, en la ya abultada labor creadora de Bolaño.

Los cuentos que componen este volumen permiten comprobar la pericia de un fabulador que domina y explota hasta las últimas consecuencias un universo narrativo plenamente configurado. De una u otra forma, todos los textos aluden (como es preceptivo en la obra de Bolaño) a las cuestiones del

extrañamiento y el extravío, encarnadas en unos personajes abocados al exilio, a una existencia errática y carente de objetivos. El peso del azar (*El ojo Silva, Putas asesinas*), las revelaciones impredecibles que acaban transformando o destruyendo toda una vida (*Últimos atardeceres en la tierra*), son algunos de los resortes temáticos en los que recalcan las historias de Bolaño para proponer una visión del mundo como caos, un arbitrario decorado en el que al ser humano sólo se le reserva un papel de viajero perdido en la aventura de la libertad. En un momento de *Prefiguración de Lalo Cura* -un lírico y obsesivo relato sobre una *troupe* de actores porno- el narrador recuerda la desconcertante imagen de un actor desnudo, enmarcado por la enormidad del paisaje americano, lo que le sugiere «una sensación de grandeza inútil, de muchachos guapos y sin escrúpulos destinados al sacrificio: desaparecer en la vastedad del caos». Esta idea es la que, de diversas maneras, informa a todos los cuentos, y constituye al mismo tiempo una reflexión genérica sobre la condición humana y una contemplación elegíaca de la historia reciente de Hispanoamérica.

Tal vez lo que más sorprende de estas narraciones -también lo más estimulante literariamente- es la forma con que la personalísima escritura de su autor atempera una temática que tal vez en otras manos hubiera recibido un tratamiento mucho más enfático. Lo característico de Bolaño es el distanciamiento, la aparente frialdad de una prosa depurada de esos alardes ostentosos (que normalmente se reducen al consabido desenlace sorprendente) con los que se suele identificar el talento narrativo. Desde esta perspectiva se puede entender por qué, a pesar del predominio de la primera persona y de la transparencia autobiográfica de muchos textos, el narrador acude con frecuencia a expedientes periféricos: sueños, historias oídas o tal vez sólo intuidas, argumentos de libros o de películas... Los personajes de Bolaño se definen por su incapacidad para dar cuenta de su propio devenir: por eso su relato se pierde en un dédalo confuso, dividido entre los recuerdos inexplicables y la perspectiva de los demás.

La forma de contar de Bolaño es, por tanto, deudora de la lección de los grandes maestros del circunloquio (se me ocurren Borges, Joyce o Kafka), narradores que, como advierte sabiamente Ricardo Piglia, descubren para el cuento moderno la importancia de la «historia oculta». Se trata de una concepción jánica del cuento. Éste nos muestra durante gran parte de su andadura un determinado foco de atención que, en un momento dado, es conquistado y sustituido por otro que había tenido un papel secundario, aparentemente anecdótico hasta ese momento. Es el momento de la epifanía, la revelación de un sentido que permanecía oculto bajo las máscaras de la costumbre. Lo más estimulante en el caso de Bolaño es que esa epifanía es misteriosa: se sabe que algo importante ha ocurrido, pero los personajes no son capaces de interpretar el sentido y el alcance de esa certeza. En todo caso, este recurso pertenece a la vasta estrategia del desconcierto, del juego con el horizonte de expectativas del lector, del que Bolaño es consumado tahúr. No se trata, sin embargo, de un juego inocente ni efectista. Detrás está el respaldo de una compleja concepción sobre el tiempo y la memoria, sobre la imposibilidad de conocer el argumento de la propia existencia en el reducto de una soledad irrevocable.